

CATEQUESIS 8

LA PUERTA DEL TEMPLO

Toda obra arquitectónica, como una casa, edificio, hospital o iglesia, por ejemplo, tiene puertas. Al final, estas son esenciales para la entrada de las personas y para que cambien de ambiente.

Atravesar la puerta del templo para el creyente demuestra un gesto cargado de significado y compromiso. En sí misma la puerta cerrada tiene la funcionalidad de separar los lugares que son considerados diferentes, mientras que abierta pone en comunicación. Pasar el umbral conlleva la voluntad de pasar de un ambiente a otro, de un estado a otro.

En el Templo de Salomón, las puertas tenían un significado especial. Estas no solo representaban la delimitación de un recinto, sino también el medio principal de acceso para llegar a Dios.

En el Nuevo Testamento, Jesucristo se compara con una puerta al afirmar que Él es el Único camino que lleva al Padre, como está escrito en Juan 10,9: “Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos abundantes”.

Es en base a esa relación que la puerta principal del Templo, localizada en el centro, representa al Señor Jesús y Su sacrificio en la cruz. De la misma manera en que ingresamos al templo a través de una puerta, así también para acceder al misterio de Dios tenemos que hacerlo a través de Jesús, la Puerta del Padre.

Cuando una persona ingresa al templo a través de la puerta para celebrar un sacramento está reflejando su libre decisión de querer la salvación de Dios y su deseo de contemplarlo. Cuando entramos por la puerta, dejamos lo terrenal atrás, nuestros deseos, y nos abandonamos a la gracia de Dios.

La puerta de entrada de esa obra arquitectónica simboliza la oportunidad de cambiar. Jesús es el camino para cambiar la vida de la persona. Ella puede estar viviendo en la miseria, con sufrimientos, bajo los azotes del mal, pero, cuando pasa a través de la puerta que es Jesús, tiene la oportunidad de experimentar un ambiente diferente, una transformación.

La puerta como lugar de transición es un lugar de manifestación del poder divino. Al entrar al templo a través de ella el fiel hace un pare en su relación con el mundo exterior, de sus preocupaciones, de las situaciones del día a día, para tener experiencia de Dios y llenarse de su fuerza y consuelo.

La puerta es entonces un recurso arquitectónico que conlleva una exigencia psicológica en orden a prepararse ante la nueva situación que adquirirá quien atraviese la puerta, ingresando a un lugar sagrado. Este elemento, si bien es de carácter físico adquiere una

connotación simbólica de carácter sobrenatural. Se centra en el pasaje de esta vida a la eterna, de lo humano a lo divino, de la condición de peregrinos a la contemplación de Dios. La puerta constituye el término de una etapa que toma su sentido del camino que se recorre desde la casa hasta la iglesia, camino de penitencial. Atravesar este umbral es pasar de la vida de pecado a la de salvación, de la vida terrena a la celeste.